

De este rasgo de buen humor a la hora de la suprema liberación del alma, apenas mediaron pocos meses.

Miguel Aguilera

EL TAMARINDO PROCERO

Tristes días de diciembre del año 30. El libertador, huésped de don Joaquín de Mier, ocupaba la casa Quinta "San Pedro Alejandrino". Era su andanza final. La púrpura de toda su gloria palidecía en la agriedad de las ingratitudes. Aquel Cóndor de la epopeya plegaba sus remos caudales fatigados por el frío eterno ya cercano. Sus grandes vuelos bravíos y heroicos, que fueron aletazos de asombro en Carabobo, Boyacá y Junín, finaban frente al Mar, menos grande que su apodo; cara al Sol menos luminoso que su nombre!..... Y tritse, y solo, cual otro Jesús que se hundía en el dolor de su Getsemaní, bajo la fronda del Tamarindo sagrado, melancolizaba la grandeza de sus decepciones. ¡Toda su obra le parecía un arado en el mar!

Cómo allí, sentado bajo la fronda del árbol centenario, desfilarían por su pensar los recuerdos de tantos años de lucha y de odisea..... Y el árbol le brindaba la frescura de su sombra. Cuántos pensamientos pesarosos se arremolinarían en tropel en aquella "Cabeza de los milagros!", desde los días del Aventino hasta aquellos momentos en que presentía ante sí lo Arcano, que de instante en instante lo amenazaba ya.

Fugaces, en luminosa teoría, como en los vuelos de un torbellino épico, desfilarían ante su imaginación las cargas de Pantano de Vargas, y el día de Angostura, proclamando el Congreso, su ideal de la Gran Colombia, y los llaneros en vértigos heroicos sobre la pampa de Carabobo, y el es-

calamamiento de las escarpas de Bomboná y el reflejo sangriento de las bayonetas patriotas en Junín... Toda, toda la epopeya desvaída como un sueño ante la realidad angustiosa de su tristeza, a las puertas mismas de la eternidad..... Y bajo la sombra amiga del árbol centenario, más piadosa que los hombres, testigo mudo de aquel ocaso doloroso desfallecía lentamente, tristemente, el Atlante de la Libertad con cinco pueblos a la espalda!

Noble árbol, tu prosapia es sacra, más alta que la de la Ceiba milenaria donde amarró las carabelas el Descubridor, más que la Encina azteca de la **Noche Triste**, porque tu prosapia la ungió el dolor de un Redendor!

Noble árbol, cuando a tu rugoso tronco se recostaba la enferma humanidad del Libertador, no pensaste nunca que brindabas sostén al Hombre cuya grandeza no la podrán enmarcar los siglos por venir.

Noble árbol, tus semillas debían sembrarse en todos los parques de América, para que el verdor de tu sierpe legendaria, se distienda por nuestro Continente, como si tus hijos fueran heraldos de honor pregonando la pompa triunfal de la gloria bolivariana.

Yo pido que el día 17 de diciembre, fecha centenaria de la muerte de nuestro Libertador, ya que Don Manuel Beloso pone a la orden los infantes de su estirpe, se planten alrededor de la estatua del Padre de la Patria' de tus hijoss que sean sembrados, individualmente, por las gráciles manos de una dama venezolana, una colombiana, una ecuatoriana, una peruana y una boliviariana, al són de sus Himnos, a nombre de las patrias que él hizo..... Y, cuidémoslos con amor, para que mañana formen con sus frondas, cerco cariñoso en torno del bronce augusto de nuestro Padre Bolívar, así como un día el

calamamiento de las escarpas de Bomboná y el reflejo sangriento de las bayonetas patriotas en Junín... Toda, toda la epopeya desvaída como un sueño ante la realidad angustiosa de su tristeza, a las puertas mismas de la eternidad..... Y bajo la sombra amiga del árbol centenario, más piadosa que los hombres, testigo mudo de aquel ocaso doloroso desfallecía lentamente, tristemente, el Atlante de la Libertad con cinco pueblos a la espalda!

Noble árbol, tu prosapia es sacra, más alta que la de la Ceiba milenaria donde amarró las carabelas el Descubridor, más que la Encina azteca de la **Noche Triste**, porque tu prosapia la ungió el dolor de un Redendor!

Noble árbol, cuando a tu rugoso tronco se recostaba la enferma humanidad del Libertador, no pensaste nunca que brindabas sostén al Hombre cuya grandeza no la podrán enmarcar los siglos por venir.

Noble árbol, tus semillas debían sembrarse en todos los parques de América, para que el verdor de tu sierpe legendaria, se distienda por nuestro Continente, como si tus hijos fueran heraldos de honor pregonando la pompa triunfal de la gloria bolivariana.

Yo pido que el día 17 de diciembre, fecha centenaria de la muerte de nuestro Libertador, ya que Don Manuel Beloso pone a la orden los infantes de su estirpe, se planten alrededor de la estatua del Padre de la Patria' de tus hijoss que sean sembrados, individualmente, por las gráciles manos de una dama venezolana, una colombiana, una ecuatoriana, una peruana y una boliviariana, al són de sus Himnos, a nombre de las patrias que él hizo..... Y, cuidémoslos con amor, para que mañana formen con sus frondas, cerco cariñoso en torno del bronce augusto de nuestro Padre Bolívar, así como un día el

viejo Tamarindo procero, le brindó a él, vivo, la frescura de su ramaje y la piedad de su sombra!

¿Y por qué no solicitamos más semillas, y que se siembren en todos nuestros parques de la República en ese día memorable?

La siembra de esos Tamarindos como un homenaje sentimental rendido al Padre de la Patria el día centenario de su muerte, a él, para quien ya todo homenaje resulta pequeño ante la grandeza suma de su grandeza!

Darío Monserrat

QUIEN LE LLEVO EL VIATICO AL LIBERTADOR?

A los distinguidos historiadores argentinos y amigos de nuestra selección, doctores Emilio Rovignani y Ricardo R. Caillet-Bois.

En el transcurso de un siglo, dos grupos de historiadores han discutido de manos de quién recibió el santo Viático el Libertador Simón Bolívar. Han sostenido unos que fue de las de Monseñor doctor José María Esteves, Obispo de Santa Marta; han asegurado otros que fue de las del Padre Hermenegildo Barranco, Cura de almas de la aldea de Mamatoco.

Ambos grupos han discutido y han formulado sus opiniones a base de testigos, de referencias, de suposiciones más o menos posibles, o se han llevado algunos por las aseveraciones del doctor Alejandro Próspero Réverend, último médico del ilustre enfermo de Santa Marta; aseveraciones que pueden leerse en sus Recuerdos sobre las escenas de San Pedro Alejandrino publicados en París en 1866, Imprenta Hispano-Americana de Cossón y Compañía, repro-

ducidos en folleto por la Empresa Panorama de Maracaibo, Venezuela.

No queremos entrar a considerar la autoridad moral e intelectual de cada uno de los señores que han venido figurando en los dos grupos en referencia, porque seguimos no teniendo en cuenta ni la honorabilidad, ni los talentos de los escritores en asuntos de historia, pues los posponemos al documento cuando existe, y de no, al libre escudriñamiento, al sereno y libre escrutinio de los hechos, por más que la **patriotería.....** desencajada de la filosofía analítica, insista en querer invertir los valores.....

Desgraciadamente, a excepción de Réverend, ninguno de los presentes en los sucesos del 10 de diciembre de 1830 en la hacienda de San Pedro Alejandrino, dejó constancia de lo que vieran sus ojos, privando a la Posteridad de un interesante capítulo de la vida de Bolívar; impernodable descuido, pues alguno de ellos estaban vivos todavía cuando se empezó a discutir el asunto Eucarristía para el Libertador. Verdad que la agitación militar del momento, el mayor temor ante el desbordamiento de las pasiones políticas, el recelo de unos contra otros, pudo no darles tiempo a Monseñor Esteves, a Montilla, a Silva, a Ibarra para sintetizar siquiera los sucesos de esa tarde, todo lo cual ha ocasionado una larga disputa.

Napoleón tuvo a Las Casas, a su médico Antomarchi y demás compañeros de éxodo imperial que le siguieron minuto a minuto su vida en Santa Elena, hasta la caída definitiva del magnífico purpurado! Ellos dejaron escrita toda la tragedia del árido peñón; lo que no pasó con el Libertador, ya que apenas si los 33 boletines de Réverend sobre su enfermedad y muerte, aparecen con plena autenticidad, unido a lo poco que existe de procedencia oficial. Se ha inventado mucha novela alrededor de

esos hechos, tales como la ridícula carta para Fanny, fechada el 16 de diciembre, cuando Bolívar estaba agonizando.....

LOS TESTIGOS

Juan de Ujueta, citado por Groot, advierte que a él **le contaron** que fue el señor Obispo quien confesó al Libertador; que entrada la noche (10 de diciembre) le indicó el general Montilla que acompañara al Obispo de Mamatoco a traer el Viático; que él, Ujueta, se excusó por no saber manejar y porque había un mal paso en el río; que no recuerda si al llegar el señor Obispo con la Eucaristía entró algún acólito, y que tampoco lo acompañaba su Secretario Pbro. Mogollón, que siempre andaba con el Prelado; que esto pasaba entrada la noche.

Todo ello es falso.... En Mamatoco nunca hubo Obispado. También dice en su declaración que el Obispo vino en carruaje, acompañado del doctor Recuero. Ya veremos más adelante cómo asegura Réverend que el Cura de Mamatoco vino a pie, acompañado de unos indios.

No puede creerse que llamado Monseñor Esteves en el medio día, fuera a esperar la noche para volver a administrarle el Viático a Bolívar, el que sin duda había llevado en el Relicario que se usa al efecto. Para tachar a este testigo hay que tener en cuenta la circunstancia de que escribía su relato ya octogenario, a casi medio siglo de distancia de tales sucesos.

Ramón Centeno, quien refuta a Groot y a Ujueta, afirma que el Viático para el Libertador lo llevó el Cura de Mamatoco, pero antes que todo advierte: **que lo sabe por referencia, pues sus deberes militares lo obligaban a permanecer en Santa Marta** No obstante su franca advertencia, asegura que Monseñor Esteves le habló al Libertador la tarde del 10 de diciembre, de recibir los Sacramentos; que el

Libertador se disgustó; que entonces Monseñor se separó también molesto, todo lo cual va contra la declaración de Ujueta. Y agrega Centeno: me consta que el doctor Réverend no se separaba un momento del lado del Libertador; pero ya ha dicho que nunca pudo salir de Santa Marta por sus deberes militares. Para tachar a este otro testigo hay que tener en cuenta la circunstancia de que escribía ya octogenario también, a casi medio siglo de distancia de tales sucesos.

Pedro Rodríguez, interrogado por Ramón Azpurúa, refiere que para los días de la enfermedad y muerte de Bolívar, él **estaba obligado a permanecer en Santa Marta**; que sabía la marcha de la enfermedad del Libertador por los Boletines de Réverend, pero que entre la aseveración de Ujueta y la de Réverend, se queda con la de éste. Nada en concreto..... Este testigo asimismo era octogenario, y daba tan peregrina opinión casi a medio siglo de distancia de los sucesos.

Tales son los testimonios, los disparates, las mentiras sobre las cuales algunos historiadores han fundamentado sus opiniones en favor o en contra del Obispo o del Cura. Apegados a la honorabilidad de tales señores declarantes, estaban creyendo que nosotros también íbamos a aceptarlos como evangelios infalibles! Sólo nos faltan las noticias del doctor Réverend, de los testigos presenciales el único que escribió sobre la Eucaristía para el Libertador.

Dice Réverend que al enterarse el General Montilla, en el medio día del mes de diciembre, de la gravedad de Bolívar, hizo llamar a Monseñor Esteves; que éste llegó en seguida y conferenció con el Libertador, quien se sorprendió de que lo hallaran tan de cuidado. Nada más nos cuenta y deja trunca la escena con remarcada intención ;añadiendo que por la noche de ese mismo día le fueron admi-

nistrados los Sacramentos por el Cura de Mamato-co.

Nos preguntamos así: ¿Entonces para qué había sido llamado Monseñor Esteves? ¿Se pasaría todo el medio día al lado de su amigo enfermo, esperando la noche para que el Pbro. Barranco le administrara los sacramentos? Agrega Réverend: "Acabada la ceremonia religiosa (los Sacramentos del Pbro. Barranco) se puso el escribano Catalino Noguera en medio del círculo formado por los Generales Mariano Montilla, José María Carreño, Laurencio Silva, militares de alto rango, los señores Joaquín de Mier, Manuel Ujueta y varias personas de respetabilidad, para leer la alocución dirigida por Bolívar a los colombianos". En ese círculo de que habla Réverend estaba Monseñor Esteves, silenciado adrede, con visible propósito.... Léase el acta del notario Noguera y se verá allí el nombre del Obispo de Santa Marta presidiendo el círculo:

"Yo, el infrascrito, escribano público, certifica: Que el Excelentísimo señor Libertador de la República de Colombia, Simón Bolívar, a mi presencia y la de los señores **Ilustrísimo Obispo de esta Diócesis doctor José María Esteves**; general comandante de armas del Departamento, Mariano Montilla; general comandante de armas de Santa Marta, José María Carreño; general de división Laurencio Silva; el auditor de guerra y marina del Departamento doctor Manuel Pérez de Recuero; el coronel José de la Cruz Paredes; el coronel Belford Wilson, edecán de E. E.; el coronel de milicias de Santa Marta Joaquín de Mier; el primer comandante de milicias de Barranquilla y Soledad Juan Glen; el Juez político de Santa Marta Manuel Ujueta; el médico de cabecera de S. E. el Libertador, doctor Alejandro Próspero Réverend; el capitán Andrés Ibarra, edecán de S. E.; el capitán de guardia de S. E. Lucas

Meléndez y el teniente de la misma guardia José María Molina, firmó la anterior Alocución que dirige a los colombianos en su entero y cabal juicio el día 20 de los corrientes, después de haber recibido los auxilios espirituales, en la hacienda de San Pedro Alejandrino, una legua distante de Santa Marta. Y para constancia, firman los referidos señores en la indicada hacienda, a diez de diciembre de mil ochocientos treinta: — José María, Obispo de Santa Marta. — Mariano Montilla. — J. María Carreño. — José L. Silva. — M. Pérez de Recuero. — José de la C. Paredes. — Belford Wilson, edecán del Libertador. — Joaquín de Mier. — Juan Glen. — Manuel Ujueta. — Alejandro Próspero Réverend.— A. Ibarra, edecán de S. E. el Libertador. — Lucas Meléndez. — José María Molina. — Ante mí, José Catalino Noguera, escribano”.

Tenemos así la siguiente conclusión, de simple sentido común: que si Monseñor ocurrió al llamado de Montilla; que si al Libertador le fueron administrados los Sacramentos esa misma tarde, como se ve con toda claridad en la relación oficial de Noguera; que si éste certifica que el Obispo estaba presente en la lectura de la Alocución, salta a la vista la leyenda de Réverend al referir lo del Cura de Mamatoco. No es que rechazamos la inferioridad sacerdotal del bueno y humilde Cura ante la suntuosidad de Simón Bolívar: él era también misionero de Jesús y tan puro y solemne en el ejercicio de su apostolado como el mismo Monseñor; rechazamos lo del Viático en la noche inventado por Réverend treinta y seis años después de los acontecimientos a que todo esto se refiere, en 1866, que fue cuando publicó en París su folleto historiando la enfermedad y muerte del Libertador.

No es posible pensar que llamado Monseñor expresa y urgentemente para asistir en lo espiritual a Bolívar, fuera a dejar expuesto a morir sin la Euca-

ristía a su amigo, al cristiano, al Padre de la Patria, cabeza de los milagros! Verdad es que Santa Marta dista una legua de San Pedro Alejandrino, no siendo fácil llevarla con la pública solemnidad que la Iglesia acostumbraba entonces, pero en tales casos los sacerdotes la colocaban en el Relicario que se acostumbraba para ello. Además, no se debe creer que Montilla y los demás del séquito marcial fueran a dejar ir a Monseñor después que confesó al enfermo, para esperar la noche y hacer venir al Padre Barranco, a media legua de distancia, a pie, acompañado de unos indios (como lo cuenta Réverend), con la Eucaristía.

Veamos ahora el mentís que se da el mismo Réverend, la plena confesión de Réverend de que sí fue Monseñor Esteves quien le administró el Viático al Libertador. Se lee en el Boletín número 12, del día 10 de diciembre, lo siguiente:

“Como es costumbre (anunciaba Réverend) tenía más despejo de día (el Libertador); por la noche le crecieron los males con más fuerza. De cuando en cuando la misma modorra, pero al despertar hablaba con serenidad. Sin embargo, aparecían los síntomas de congestión en el cerebro. Le atacó el hipo de nuevo y tuvo más arqueadas, pero siguiendo siempre las señales inminentes de una congestión cerebral. Habiendo estado por la tarde más despejado a beneficio del cáustico, S. E. **hizo disposiciones espirituales** con la mayor serenidad y no le reparé la menor falta en el ejercicio de sus facultades intelectuales”.

Y en el Boletín número 13, correspondiente al 11 de diciembre, refiriéndose Réverend a la noche anterior, a la del 10, informa esto:

“La noche fue molesta y con algún delirio”.

Todo lo cual confirma lo grave que estuvo Bolívar la noche del 10 de diciembre. Tenemos así, que

Réverend asegura que el Libertador pasó en completa calma la tarde del 10 de diciembre y que debido a esto **hizo sus disposiciones espirituales y temporales**; lo que unido al informe oficial del notario Noguera, esto es: "que el Excmo. Sr. Libertador firmó la anterior Alocución que dirige a los colombianos en su entero y cabal juicio el día 10 de diciembre, **"después de haber recibido los auxilios espirituales"**", hacen prueba plena a favor de Monseñor Esteves, quedando descartado el Pbro. Barranco.

Hay que tener en cuenta que cuando la Iglesia dice **los Sacramentos**, debe entenderse la confesión, la comunión y la extremaunción, y no solamente uno de estos tres Sacramentos. Desde el momento en que Réverend y Noguera suscriben, oficialmente, el mismo día de los sucesos, que Bolívar recibió los auxilios espirituales, no podían referirse sólo a la confesión. Además, el orden de estas funciones es: confesión, comunión y extremaunción; si Monseñor lo confesó y el Padre Barranco le administró la Eucaristía ¿quién le puso óleos? Sólo en un caso se ponen óleos antes de la Eucaristía, y es cuando la persona está agónica, inconsciente, pero bajo condición; y el Libertador no estaba en tal estado. Hay otra circunstancia a favor de Monseñor y en contra de la invención de Réverend: que la noche del 10 de diciembre, según los boletines copiados atrás, Bolívar estuvo con arqueadas, con síntomas de vómito y amenaza de congestión cerebral, y en semejante estado los sacerdotes se abstienen de dar la Eucaristía.

También queremos consignar aquí este interesante pasaje de la "Historia de Colombia" de José Manuel Restrepo, tomo 4o., página 411, digno de tomarse y de tenerse en cuenta por cuanto su autor estuvo en la ebullición de aquellos días de tragedia, y en contacto con casi todos los caudillos y

demás notables personajes de la Emancipación. Dice así:

“El 10 por la tarde estuvo completamente despejada su mente (la del Libertador) y en pleno ejercicio sus facultades mentales, Cumpliendo, pues, con los deberes del cristiano, recibió la Eucaristía y la Extremaunción que le administró el Obispo Esteves, quien le asistía en aquellos últimos y solemnes momentos de la vida; también hizo su testamento y dirigió a los colombianos sus palabras postrimeras en el lecho de la muerte”.

Existen razones bien fundadas para darle crédito a esta noticia, pues Restrepo y Monseñor Esteves eran aliados en religión, en sociedad, en política. En 1832 fueron nombrados en comisión de paz ante el Gobierno del Ecuador, llevando como Secretario al coronel José Acebedo; esto fue a los dos años apenas de haber bajado al sepulcro el Libertador. Compañero de viaje y recopilando materiales para su “Historia de Colombia”, de los propios labios del Obispo de Santa Marta debió escuchar Restrepo la exacta relación de los acontecimientos del 10 de diciembre en San Pedro Alejandrino. Y se nos hace duro creer a Monseñor Esteves metido en el **pro domo sua** de Cicerón, para irle a silenciar al historiador y al compañero de la verdad sobre el Viático del Cura Barranco, si así hubiera sucedido.

¿Existía alguna discrepancia entre el Prelado y el Médico? Se sabe que Réverend era un sobresaltado jacobino que había protestado contra la restauración de los borbones; que era producto de aquella Francia demagoga que guillotinaba a reyes y plebeyos con igual furor; que se quejaba constantemente de la ingratitud de venezolanos y granadinos; de frente siempre al Obispo Esteves, metido éste dentro de aquella disciplina clerical venida de la Colonia. Aun militando bajo el mismo pabellón democrático, el Prelado y el Médico se excluían.

Réverend no pone el nombre de Monseñor Esteves en la lista de los que formaron el círculo delante del cual se leyó la última Alocución de Bolívar, cuando Noguera encabeza la lista con el Obispo. Fijémonos bien en estas palabras escritas por Réverend treinta y seis años después de muerto el Libertador, refiriéndose al Padre Barranco:

“Qué contraste! Un humilde sacerdote y de casta ínfima a quien realizaba sólo su carácter de ministro de la Iglesia, llegarse con los consuelos de la religión al primer hombre de Suramérica. Qué lección para confundir las vanidades de este mundo”.

Parece, pues, que en el alma atormentada del anciano jacobino existía algún encono contra el Obispo de Santa Marta que le hizo torcer la verdad de su relato tan lamentablemente..... También contra Monseñor se presenta el mismo Ramón Centeno, testigo tachado atrás, aseverando que el 20 de diciembre en la tarde le había dicho el general Montilla: **Centeno, vaya en casa del señor Obispo dígame que ya se acerca la hora de conducir al Libertador a la Catedral; que lo esperamos aquí”.**

Y agrega Centeno que cumplió la orden, encontrando al Obispo paseándose por los corredores del Seminario, contestándole Monseñor: **“Desde lo que pasó en San Pedro con el Libertador, dije al General Montilla que si moría, tal vez no podría asistir a su entierro”.**

¿Qué había pasado en la hacienda de San Pedro Alejandrino entre el Libertador y Monseñor? Absolutamente nada! Fueron esas palabras una fábula de Centeno, afanado en unir su nombre a la de los principales personajes que figuran alrededor de semejantes sucesos, ya que él mismo confiesa que todo eso **se lo contaron**, pues él no podía separarse de Santa Marta por sus deberes militares. Monseñor estaba enfermo de verdad, y en la mañana del 17 de diciembre, cuando agonizaba Bolívar, el doctor

Réverend lo había ido a ver y a recetar a Santa Marta. El Secretario de la Comandancia del Magdalena, J. A. Cepeda, hace constar en su Relación oficial sobre el entierro del Libertador, que **“el Ilmo. Sd. Obispo no asiste por hallarse enfermo”**. Y sería necesario considerar al Obispo de Santa Marta muy agresivo y plebeyo, para convenir luégo en que es cierta su contestación a Centeno frente al cadáver de su amigo, del fundador de la República. Ya sabemos, al contrario, su aprecio por el Libertador y su dón de gentes que lo llevó a más de una misión diplomática, social y política.

La entrevista del Libertador y del Obispo Esteves la tarde del 10 de diciembre fue de lo más cordial. Viajando para el Ecuador en 1832, en la comisión de paz de que hemos hablado atrás, le contaba el Obispo Esteves a Monseñor Iturralde, que al insinuarle la confesión a Bolívar, éste le dijo: **“Tráigame un espejo”** y mirándose exclamó: **“con estos ojos no me muero”**. Pues con esos ojos va a morir, le repliqué cariñosamente”.

En seguida le pidió el Libertador que lo dejara preparar, y fue entonces cuando dijo **“Como saldré de este laberinto”**! Habiendo meditado lo suficiente, llamó a Monseñor y se confesó, haciéndolo de modo tan preciso que éste aseguraba: “que la beata más escrupulosa no hubiera hecho una confesión más buena”.

Tenemos, pues, que tanto en los dos Boletines citados, como en el acta del escribano Noguera, hay la constancia expresa de que fué en la tarde del 10 de diciembre cuando el Libertador recibió los Sacramentos; que lo del Cura de Mamatoco no figura en ningún Boletín ni en documento oficial de la época, habiendo sido publicado a los treinta y seis años después de los sucesos de San Pedro Alejandrino.

Que los testigos Ujueta, Centeno y Rodríguez

no sólo se contradicen sino que se refieren a cosas completamente inverosímiles.....

Que Réverend afirma casi a los cuarenta años, que después de la Eucaristía del Padre Barranco, en la noche, el escribano Noguera dio lectura a la última Alocución de Bolívar, cuando el mismo Réverend certifica por medio de su Boletín número 12, que todo eso pasó en la tarde, ratificándolo Noguera.

Por todo lo cual se llega a esta sensata, exacta, irrefutable conclusión: que Monseñor doctor José María Esteves, Obispo de Santa Marta, confesó, dio la Comunión y puso óleos al Libertador en la tarde del 10 de diciembre de 1830, resultando lo demás una simple leyenda, enunciada con el mismo infantilismo de la camisa aquella, ajena y rota, con la cual la calenturienta imaginación del jacobino quiso hacernos creer que había vestido el cadáver de Simón Bolívar.

Carlos Medina Chirinos

COMO MIRA EL POETA A BOLIVAR

Un día se apodera del poeta el anhelo de lo ignoto, y evoca el genio de la Historia. En vuelo hacia los tiempos idos conduce hasta las forjas romanas todo el bronce que ha recogido, para fundir en él el alma de una estatua: la estatua de nuestro Padre Bolívar.

Y evoca la epopeya americana; y ve lo que fue la Independencia; un ensueño de hombres agitados del espíritu de aquella diosa que escanció en cincelado vaso para el filósofo antiguo el divino coloquio de la República; una tribuna ocupada sin cesar por oradores férvidos; un circo de los tiempos antiguos lleno de mártires despedazados; una historia enteramente desbaratada a cañonazos; y so-

bre el cuadro portentoso y épico un hombre. ¡Y ese hombre era Bolívar!

La palabra vuela cansada, para decir lo que fue él: predecir, luchar, vencer, crear, orar, gemir, cantar, rugir, maldecir, convencer, soñar, padecer, agonizar, morir.... Morir, no como quiera, sino como la columna dórica cansada de llevar sobre sus hombros el peso inmenso de las naves; contemplando cómo España ataba de su escudo a la fiera soberbia y melenuda, y dejaba volar, a cobijar el nuéstro, con la sombra sagrada de sus plumas, esa ave libre que gusta de armar su nido sobre el pico más alto de las sierras.

Y esa fue la visión del poeta; él vio al héroe mártir; y supo contemplar su perfil vencedor sobre el muro negro y derruido de los tiempos que fueron; y su gesto aguileño y su abrasada tez y sus mismas quemadoras pupilas en que reverberaba el rojo sol del combate. Y vio cómo al acompasado galopar de su caballo, la tierra brotaba soldados que iban formando, a su espalda, como la cauda inmensurable de un cometa; y cómo iba llevando, de monte en monte andino, los incendios de la guerra y la voz de Dios.

El poeta tomó esos rasgos esenciales y fue a llevar a la fragua volcánica el sagrado crisol que contenía el bronce futuro de la estatua inmortal. Inmortal porque Bolívar vivirá mientras la lengua castellana nos esté pregonando en América en las estrofas del poeta, un pasado glorioso y un compromiso para lo futuro.

Guillermo Valencia

LA ORACION DE CHOQUEHUANCA

“Quiso Dios formar de salvajes un imperio, y creó a Manco-Capac. Pecó su raza, y lanzó a Piza-

ro. Después de tres siglos de expiación tuvo piedad de la América, y os ha creado a vos. Sois, pues, el hombre de un designio providencial. Nada de lo hecho atrás se parece a lo que habéis hecho, y, para que alguien pudiera imitaros, sería preciso que quedara un mundo por libertar.

“Habéis fundado tres repúblicas, que en el inmenso desarrollo a que están llamadas elevarán vuestra estatua a donde ninguna ha llegado. Con los siglos crecerá vuestra gloria, como crece la sombra cuando el sol declina”.

BOLIVAR

Los labios enmudecen y un temblor misterioso, como el que embargó a Dante al pisar en el país del Ensueño las lindes celestiales agita el espíritu al pronunciar el nombre del Libertador de América y del genio por excelencia de la raza latina.

Pensar en él es ennoblecerse, pero para decir su gloria es menester purificar antes los labios como el profeta antiguo con un carbón encendido. El, sólo El, llena la historia de América: se destaca como el Himalaya coronado por las nieves, acariciado por la tempestad, glorificado por las nubes, envuelto por el iris, estremecido por los huracanes, besado por las águilas, cantado por las tormentas, ungido por los relámpagos. El homenaje vacila ante este prodigio, horno de donde brota en luminosa erupción la ola incandescente del pensamiento enorme y de la acción gigantesca. Nadie ha colocado más alta, ni iluminado con luz más pura, la visión resplandeciente que reanima la lenta caravana humana en su marcha hacia un ideal de justicia.

El, solo El. No hay necesidad de nombrarlo. “En un manto de rayos y tinieblas el dios del huracán envuelto pasa”.

Cuando el hombre de las montañas en el poema indostánico bajó al mar y por primera vez vio aquella mole inmensa que ciñe la tierra, que tiene todas las cadencias y todos los colores, sintió la pequeñez de su existencia ante la sábana de espumas, y sólo pudo modular un grito de admiración y de entusiasmo. Algo análogo ocurre al acercarse, si quiera sea con el pensamiento a este hombre-océano, que impone con su grandeza; que durante quince años hizo abreviar su corcel de guerra en todos los ríos desde el Orinoco hasta el Rimac; que sacaba pueblos de la nada y con el mismo brazo con que empuñaba la espada vencedora escribía una constitución sobre hojas de palmera; que a cada revés del destino se levantaba con más vigor y empeño; que reunió en sí por una milagrosa virtualidad todos los atributos del héroe y todas las cualidades del estadista; que fatigó a la historia con sus hazañas portentosas, rayanas en lo inverosímil y que un día, más grande en su infortunio que en sus triunfos, fue a morir frente al Océano, símbolo de su grandeza y único cantor digno de sus glorias.

Ah! Con cuánta razón al contemplar al Libertador en la puerta de un templo en una gran festividad religiosa, temeroso de interrumpir con sus pisadas el sermón del sacerdote ya principiado, éste en un arranque de elocuencia extraordinario, exclamó cortando intempestivamente su discurso y volviéndose hacia el grande hombre: "Señor, Excelentísimo Señor, que en vos confluye también una Trinidad excelsa y sacratísima, pues sois el Padre de la Patria, el Hijo de la Gloria y el Espíritu Santo de la Libertad". En esta frase solemne quedó sintetizada la biografía del Héroe de América.

Grande como el mar, profundo como el mar, tuvo a semejanza de éste rumores y borrascas; reflejó en su seno todas las glorias del sol y todas las magnificencias del iris y fue en sus pensamientos y

en sus hechos como aquel espejo móvil del pensamiento, que nunca cierra sus ojos, que impone, que canta, que llora, que ruge, que mata, que pasma, y que en su eterno vaivén puede tomarse apenas como un símil para comparar la actividad vertiginosa de Bolívar.

Ante la gloria suya palidecen todas las otras como las estrellas ante la luz del día y ella, lejos de debilitarse, ha crecido y crecerá con los siglos "como las sombras cuando el sol declina", como lo vaticinó en frase lapidaria, no superada jamás, el humilde cura de aldea, hace cien años. Cruza por la historia de América, como uno de aquellos meteoros que rasgan la noche, haciendo levantar los ojos al espacio sin límites. Homero le habría hecho combatir ante los muros de Ilión, al lado de Héctor y de Aquiles; Shakespeare le habría tomado como protagonista para una de aquellas tragedias inmortales en que los héroes dialogan con las sombras.

Guerrero, estadista, orador, escritor, vidente, Bolívar está en pie ante la puerta de América, como uno de aquellos profetas de que nos habla Hugo, contemplando a sus plantas el vuelo colosal de las águilas. Su voz resuena por encima de los Andes desde el golfo de Méjico hasta el estrecho de Magallanes, y si alguna vez en el correr de los siglos, hubiese de desaparecer el continente que bañan dos océanos, aun entonces flotaría su voz sobre el abismo porque ella no puede desaparecer mientras exista en la humanidad un pueblo oprimido, un derecho conculcado, una aspiración generosa. "Sois — le dijo Alejandro de Lameth — el primer ciudadano del mundo" y ese título, más grande que ninguno, lo ha confirmado la posteridad.

Revolucionario en todo — observa Blanco Fombona — no acepta para la expresión de sus ideas el molde caduco y desvencijado que era de rigor entonces: su espada tiene los reflejos de una espada

bajo el sol de los trópicos. Temperamento fogoso, violento, arrebatado, sus proclamas militares, modelos insuperables de elocuencia, parecen flotar a los vientos como pendones gloriosos. Se hace oír de América desde su tribuna, que es un corcel de guerra, y escribe — como quería el filósofo alemán — con sangre de su espíritu. Llega a Cartagena después del desastre de Puerto Cabello y lanza su primer grito: “Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido aquí a seguir los estandartes de la independencia que tan gloriosamente tremolan en vuestros estados”. El volcán ha principiado a iluminar de llamaradas de fuego el cielo de Colombia y no cesará de hacerlo hasta que frente a ese mismo océano que lo escucha, casi en el mismo sitio, apague Dios el cráter de esa altura gigantesca que El encendió cuando fue preciso iluminar el horizonte de América. El mismo mar recoge su última proclama, grito de angustia y de dolor, de abnegación y generosidad, de grandeza y desprendimiento. Las olas que mueren en la playa se llevan sus últimas palabras: “Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”. Puede afirmarse sin tomar de errar que no hay en la historia de la humanidad un rasgo más bello que el de este superhombre en los últimos instantes. Napoleón se incorpora y en ese trance fatal se acuerda de su gloria únicamente: “Cabeza de ejército!” y reclina la suya poderosa para no levantarla nunca. Bolívar no piensa en él; piensa en la Patria. Por ella ha sacrificado todo. La última palpitación de su corazón magnánimo y grandioso es para ella la verdadera amada de su alma, formada por su esfuerzo, iluminada por su gloria y engrandecida por sus hazañas. Era el aniversario

del día — 17 de diciembre — en que Colombia en el Congreso de Angostura surgía, surgía, como la Palas mitológica — del genio de Bolívar. Once años antes, el Presidente del Congreso, don Francisco Antonio Zea, había exclamado clavando la mirada sobre el Libertador: “La República de Colombia queda constituida. Viva la República de Colombia!

EL HUMORISMO DEL LIBERTADOR

Después de la sorpresa de Rincón de los Toros, Bolívar montando sobre el propio caballo del Jefe realista, cedido por Juan Infante, con unos ocho o diez hombres que logró reunir tras el desastre, se retiraba por el camino de Calabozo. Sus caballerías iban bastante desesperadas y el enemigo asaltante destacó un buen golpe de húsares montados en caballos de refresco, bajo el mando del mismo D. Tomás Renovales, el que los sorprendió la noche anterior. El piquete sabiendo ya el rumbo tomado por los fugitivos corría a campo traviesa con el no muy cristiano objeto de cortarles la retirada y cortarles el resuello, lo cual era mucho peor.

Bolívar entonces tuvo un rasgo de astucia llanera. Llegó con los suyos a un caserío que desde lejos se divisaba, entró en la primera casa del poblado habitada por una vieja criolla españolizante, muy conocida por enemiga de los republicanos, y le dijo:

—Señora, mis compañeros y yo venimos muertos de hambre y cansados; aquí nos quedamos por hoy; tome esta onza, búsquese dos o tres “pica tierra”, si es que ha dejado algunas por allí la revolución, háganos un buen sancocho mientras nos vamos, al río a bañarnos. Apresúrese que ya estamos aquí.

El Libertador y los suyos salieron con dirección

al río, en la primera vuelta torcieron el rumbo y picando espuelas a sus cabalgaduras, corrieron como almas a quien lleva el diablo a guarecerse en la mata próxima, siguiendo la marcha al través de la espesura.

No habrían transcurrido quince minutos cuando a la casa de la vieja llegó el piquete de húsares. Se enteraron con ella del camino seguido por los republicanos, y la vieja haciéndoles mil zalemas y arrumacos les advirtió:

—¡Callarse! Aquí está el hombre. Ya lo vamos a coger.

—¿Pero dónde está ese bergante? — Preguntó Renovales.

Entonces la vieja le explicó que había ido con sus oficiales a bañarse al río que pronto volverían, pues le habían dado una “pelucon” para que les hiciera un sancocho. Como la vieja les mostró la onza y le vieron desplumando unas gallinas, los del piquete juzgaron que antes que prevenir al enemigo con su persecución, era más cómodo y seguro ocultarse en el monte y corrales vecinos, en espera del Libertador, el cual confiado vendría por el sancocho y caería en el garlito.

Así lo hicieron y transcurrió media hora, una hora, dos horas, y el hombre sin venir. Renovales comprendió que había sido víctima de una treta ingeniosa, salió de su escondite y puso en confesión a la vieja. Esta estuvo a punto de morirse del arrechucho, al saber que **el maldito ño Bolívar del dianche, hijo de Mandinga**, la había hecho cómplice de su fuga sin ella querer.

Así lo comprendieron los húsares, comiéronse el cocido, quitáronle la onza a la vieja y resolvieron continuar la persecución un poco más. El Libertador, con aquella onza, había comprado la vida; estaba en salvo, llevaba tres horas de ventaja y entraba en Calabozo por la noche, donde con su ac-

tividad iba a hacer cambiar la faz a la derrota. Bolívar derrotado era más temible que cuando vencedor, decía Morillo.

J. Churion

EL DIOS DE LA LIBERTAD

El mundo americano se halla conmovido. Temblando están las madres, las novias, las esposas. Presienten ellas que alguien se ha interpuesto entre ellas y sus esposos y sus hijos y sus novios. Han observado, con la perspicuidad que el amor presta, que sus hombres miran a la vida como un ángulo distinto a aquel bajo el cual solían mirarla; que cuando miran a sus hijos, cuando miran a sus campos, sus miradas no parecen detenerse en lo presente sino hundirse en el futuro, soñadoras. Algo trágico flota en el ambiente; parece como si los dos seres que rigen la existencia, el Amor y la Muerte, se hallasen en frente uno de otro y se midieran, rencorosos, con los ojos.

Un sér divino, misterioso, ha sido visto planear el vuelo majestuoso sobre las cimas azul y argento de los Andes, más arriba del vuelo de los cóndores; ha sido visto ascender los valles de los grandes ríos; revolar por sobre las ciudades populosas; revolar sobre las señalientas aldehuelas; seguir con vuelo lento los caminos tortuosos que conducen a las moradas de los colonos, perdidas en las selvas, bohíos del indio silencioso. Se cuentan cosas portentosas: se cuenta que en Santa Fé, D. Antonio Nariño ha recibido de manos de la Deidad un libro arcano, con el mandato de hacerlo circular por donde quiera.

Se cuenta que en la ciudad de Cumaná un joven dulce y tácito con la Deidad misteriosa tiene amores. Han sido vistos, en la hora del crepúsculo, vagar por las colinas suburbanas. Cuando él llega

ya ella espera. Y entre ellos hay un pacto: hanse cruzado juramentos. Y del pacto forman parte — — dicen — un mancebo granadino de las montañas antioqueñas. La Deidad vuela de uno a otro y entrambos enamora. Romperéis — dice el arcano compromiso — el último eslabón de la cadena que une la patria al ominoso yugo, pero moriréis, jóvenes y moriréis asesinados. . . . Y Sucre y Córdoba, los heroicos efebos, han firmado, sin temblar, el tremendo compromiso. . . . Ah! los trágicos amores con los dioses.

Y añaden los que cuentan, por lo bajo, que un joven colono que a galope tendido bajaba por las orillas del Apure, vio a la Deidad, que volaba rozando las copas de las palmeras y los ceibos. Paró ella el vuelo, sofrenó él su potro indómito; tendióle ella lanza corta que atrapó él con mano experta. . . . Y la ha visto ascender, ascender hasta borrarse en el Azul, siempre mirándole. . . . Desde ese instante el joven Páez no tiene sosiego. Tiende el caballo a galopar por la llanura, zigzaguean brazo y lanza como rayo desatado, cuájase el horizonte de ejércitos innúmeros que acuden a cerrarle el paso; cárgalos invicto: ante la punta de su lanza atropellados huyen, caen, se revuelven.

Cuentan también — y aquí la voz de los que cuentan se hace más íntima y más sorda — cuentan que una noche de Agosto, llena de luz y de misterio, en que el joven Simón Bolívar y Palacios que viaja por Italia, hallábase sumido en las inquietudes dolorosas del que busca, sin encontrarlo, su camino por la vida, escuchando desde el Monte Sagrado la respiración desigual del monstruo eterno, la respiración de la Ciudad de Cayo Julio César; vio, súbito, surgir a su lado la Deidad. Púsose en pie Bolívar, sobrecogido de terror.

Y ella severa y dulce:

¿Hasta cuándo, Bolívar, has de continuar confundido entre el montón de los anónimos, entregado a la estéril vida y muelle en donde se afeminan y se pudren, entre el fausto de los salones, y entre vanidades y entre orgías las doradas juventudes de las castas privilegiadas de la Tierra? Eso que en mitad de tus placeres te acomete: el golpear de divinas inquietudes que estrujan tu corazón y tu cerebro, que te urgen con llamadas clamorosas, el Destino es, que te llama. América te espera. Acúde, corre, vuéla. . . . Me verás allá. . . . en las verdes soledades de los Trópicos preceder tus victoriosos estandartes. . . .

Alzase en pie Bolívar: “Una emoción sobrehumana le anima; sus cabellos levantados por el viento, le hacen una aureola. Sus mejillas palidecen y se animan. Una llama arde en su mirada, de su boca brotan frases entrecortadas. Y volviéndose a Rodríguez, su maestro, que sin explicárselo contempla el espectáculo. Juro — exclama — Juro por el Dios de mis padres, juro por ellos; juro por mi honor y por mi patria que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español”.

Efe Gómez

LA AGONIA DEL COLOSO

¡El Libertador. . . . !

¿Lo habéis contemplado en la rigidez victoriosa de los bronce?

Es el hombre. . . . Es el único. . . . Es Bolívar. . . . El barro humano rompió todos los moldes para plasmar su figura singular e inconfundible. No es siquiera el héroe. . . . ; es el genio de los héroes. Al mirarlo parece que hubiera nacido con botas de cam-

pañá y que estuviera acostumbrado a dormir sobre los lomos de su caballo de guerra. Algo misterioso fluye de esa figura que es a un mismo tiempo severa y elegante. Ante ella se siente la impresión de una mole que se va a desplomar. Todas las cosas que están a su alrededor se ven pequeñas. Los mismos valores humanos pierden su ecuación y el alma anonadada ante tanta grandeza, se pregunta cómo las pasiones de los hombres fueron capaces de morder aquellos talones invencibles. Es pensativo y parece que en las arrugas de su frente durmieran los grandes huracanes. Su cuerpo elástico y cenceño, tiene la arrogancia de un felino que se apresta para el asalto. En el senado romano no hubo nunca una toga que tuviera la majestad de la suya.

Pero los bronces son ciegos. No tienen ojos. Los de Bolívar eran negros, profundamente negros y vivaces; producían incendios a lo lejos como los espejos ustorios con que Arquimides quemaba las flotas enemigas. Todos los biógrafos hablan de su mirada. Era el secreto de su genio. En su presencia los capitanes imberbes y locos, que galanteaban a la muerte en los campos de San Mateo, del Bárbula y del Cundureunca y que volvían con la victoria, como una hembra cautiva, en la grupa de sus corceles adoptaban ademanes de lacayos. Tenían esos ojos un poder hipnótico avasallador. Cuando se clavaban eran como la boca de dos pistolas listas a disparar, y ninguna mujer sintió su virtud segura cuando se fijaron en ella.

¿Por que serán ciegos esos bronces?

Padre Bolívar. . . . Padre nuestro que estáis en la gloria. . . . Perdónanos nuestros pecados contra la libertad así como perdonásteis a vuestros deudores.

Amén.

BOLIVAR EN EL AVENTINO

Conocí siendo niño un interesante grabado que contenía, en la parte baja, el **Delirio de Bolívar sobre el Chimborazo** y en la parte superior una vista de la excelsa montaña con la imagen del Libertador en su cima, a modo de silueta perdida entre la niebla. Para dibujantes y pintores ese cuadro era antiestético porque la figura del Héroe era exageradamente más grande que la mole de piedra y hielo que le servía de pedestal. A mí me importaba poco el arte y estaba convencido — como lo estoy — de que efectivamente Bolívar era más grande que el gigantesco macizo de las Cordilleras.

Me familiaricé con la idea de mirarle así por donde quiera. Cuando oí hablar del Padre de la Patria mi imaginación percibía la sombra inmensa de Bolívar sobre el cono nevado y esplendente del “dominador de los Andes”.

Y la veo siempre ora como una estatua colocada por el entusiasmo olímpico de un dios helénico sobre la roca que domina al Tequendama entre las nieblas y el espanto; otras veces le contemplo en Casacoima sentado en su hamaca sibilina, como el loco sublime de la guerra, dictando oráculos prodigiosos como jamás lo hicieran ni astrólogos ni magos; en ocasiones le alcanzo a divisar en Pativilca enfermo y triste pero que lanza ante la Historia estupefacta la palabra homérica, terrible y temeraria: “¡Triunfar!”

Pero hoy — leo en el calendario: San Simón— mi cariño filial me muestra, allá lejos a Bolívar joven, fogoso y embriagado de ilusiones generosas y como en éxtasis místico y patriótico. Alcánzole a divisar de pies sobre la colina más meridional de Roma, no lejos del Tíber mejestuoso. Absorto y deslumbrado ante la grandeza de las ruinas de la Ciudad Eterna deja escapar de sus ojos rayos que se

pierden entre los resplandores del sol en su ocaso y como éste capaces de incendiar el mundo. Va a aquel monte arrebatado por su genio incontenible. En esa cumbre estuvo el templo de la Libertad y Bolívar jura que la dará a los siervos de la infeliz América; allí se reunía la plebe romana hostigada por la tiranía de los patricios y él sube como un heraldo de los esclavos coloniales a protestar contra la insolencia de los déspotas.

Bolívar, en la aurora de su genio, es en el Monte sagrado más grande que en la cúspide "diamantina" del Chimborazo; el abismo de la Revolución es vertiginoso y fatal como el Tequedama, pero él lo avasallará y humillará bajo su bota de campaña; es ya el loco profeta de Casacoima y con divina altivez desafía a los opresores de la patria de los incas y los cipas; el vocablo de Pativilca sale, por primera vez, de sus labios que quema la fiebre; triunfará porque es el representante en este momento solemne, de todos los pueblos oprimidos de la tierra.

La escena del Aventino es el compendio — la síntesis pudiera decirse — de la vida gloriosa del Libertador y de la grandiosa lucha por la emancipación americana.

Joaquín Antonio Uribe

LA ESPADA DEL LIBERTADOR

Simón Bolívar, el célebre Libertador de Colombia, al ir a la guerra, jamás olvidó su espada; pero en Bomboná peleó sin ella. Vamos a saber por qué.

Examinando el terreno y decidido a librar combate, dispuso que el comandate de la primera división ocupara una eminencia visible a lo lejos, sin que almorzase la tropa.

Desgraciadamente, el pobre subalterno no entendió bien e hizo vivaquear los batallones.

Indignado el héroe ante lo que juzgaba desobediencia, llegóse a la cabeza de la línea a todo correr en su bridón.

—General Torres (era Pedro León de Corara), — dijo con acento imperioso: — entregue usted el mando al coronel Barreto, que cumplirá mejor mis órdenes.

Palideció aquél a quien se dirigía y, rompiendo su espada, tomó un fusil.

—Libertador — repuso conmovido: — si no soy digno de servir a la patria como general, la serviré mejor como un simple soldado. Nadie podrá impedírmelo.

Bolívar, arrepentido de su arrebató, abrazó al pundonoroso jefe en presencia del ejército, y le devolvió el mando que acababa de quitarle.

—General — le dijo dulcificando la voz, — aquella altura nos dará el triunfo.

Y desciñéndose la espada, se la entregó con estas frases:

—¡En manos de usted estará tan bien como en las mías!

Por la copia.

J. S. M.

HIPOLITA Y MATEA BOLIVAR, EL AMA DE CRIA Y LA NIÑERA DEL LIBERTADOR

En el mes de enero de 1827 cuando el Libertador hacía su entrada en Caracas, viniendo del Perú, una negra anciana aguardaba el paso del Héroe, a la vera de la calle triunfal. **BOLIVAR** que venía en carroza trayendo a su lado al general Páez, al advertir la presencia de la negra hizo detener el

vehículo y saltando fuera, estrechó larga y tiernamente entre sus brazos a la humilde anciana prodigándole cariñosas expresiones.

El Libertador acababa de reconocer a su antigua ama de leche, la negra Hipólita, perteneciente a la servidumbre de la hacienda "**El Ingenio**" en San Mateo, patrimonio del Libertador.

Hipólita contaba para aquella fecha 64 años de edad y vivía en una de las casucas de la colina de El Calvario, desde donde había bajado a presenciar la entrada de su antigua crianza ahora hijo augusto de la victoria y "señor de la fama".

Hipólita tenía 20 años cuando amamantó a **BOLIVAR** recién nacido. El Libertador, en quien todo era magno, primero el corazón, quiso siempre con filial ternura a su vieja nodriza; el año de 23, ya integrado el Ecuador en la Gran Colombia, ordenó que del precio de arriendo de su hacienda de San Mateo se le pasasen a Hipólita 30 pesos mnesuales, "para que se mantuviese mientras viviera", pensión que 4 años después hizo aumentar a dos onzas de oro.

Hipólita murió el año 35, a los 72 de edad, sin saberse si dejara sucesión y presumiéndose haber sido enterrada en el cementerio de la parroquia de San Pablo, según se colige de la partida de defunción, asentada el 26 de junio de aquel año por el Presbítero Jacinto Madelaine, Teniente cura de dicha feligresía.

Cuarenta y ocho años después de la muerte de Hipólita, cuando la América bolivariana celebraba el primer centenario del natalicio de su Libertador, un diario de esta capital registraba la siguiente nota: — "Matea. — Entre las personas que el domingo paseaban en la Exhibición, llamaba generalmente la atención una anciana de color que asistía a la apoteosis que representaba aquel palacio, casi sin comprenderla. — Esta anciana debe tener más de

110 años. Llámase Matea y perteneció a la casa de Bolívar”.

“Tratábase, en efecto, de la niñera del Libertador. Algunas de las notabilidades extranjeras que por aquellos días fueron nuestros huéspedes, se trasladaron una mañana a la casa de los señores Camacho, sobrinos del Libertador, a conocer y entrevistar a Matea.

“Halláronla en el corredor, sentada entre las señoras, estimada como una reliquia; baja de cuerpo, llena la cara de arrugas, vestida de zaraza, limpia y bien aplanchada la ropa y con un pañuelo de hilo atado a la cabeza, llevando en la mano un grueso bastón. Fresca y vivaz su memoria de los tiempos heróicos, dijo a los visitantes cómo era nacida en el Llano, en el pueblo de San José; traída a Caracas de edad de 4 años, a la casa de sus amos, en la plaza de San Jacinto, la cual, dijo, había sido de alto, que cayó con el terremoto, siendo la parte alta vivienda de su amo Juan Vicente y la baja de doña Concepción; en qué alcoba había nacido Bolívar y que a éste “lo crió Hipólita, y yo lo alzaba y jugaba con él”.

“Respondió también que había sido en San Mateo, en el Trapiche, con “el niño” Ricaurte; que había acudido con la gente para el pueblo cuando estalló la polvorera; que las metieron en la Iglesia, pero que no oyó lo que dijo Bolívar, “porque ellas no se metían en las conversaciones de los blancos”.

Por la copia.

J. S. M.

INVENTARIO DE LOS BIENES DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR LIBERTADOR

En la ciudad de Santa Marta, a veintidós de diciembre de 1830. El señor auditor de Guerra y Ma-

rina de este departamento, doctor Manuel Pérez Recuero, por ante mí el infrascrito escribano dijo: que a invitación del señor general de división Laurencio Silva, albacea del excelentísimo señor Libertador de la República de Colombia, general Simón Bolívar, debía practicarse la diligencia de inventario de los bienes quedados por el fallecimiento de S. E. y existen en poder de su mayordomo el señor José Palacios; y en efecto pasó dicho auditor en asoció de mí el escribano a la casa donde existen los referidos bienes; y estando presentes el indicado señor albacea, general Silva, el señor Fernando Bolívar como interesado y el señor tesorero de la Junta de Manumisión, José Antonio Cataño, se recibieron del precitado mayordomo de S. E. señor José Palacios, los efectos que se inventarían en la forma siguiente:

1a. — Una vajilla de platina en dos cajones, compuesta de una sopera, tres tapas grandes, tres chicas, cuatro asentaderas chicas, tres ídem. grandes, dos ídem. redondas chicas, una cafetera, una lechera chica, dos salseras con sus tapas, dos cubos de botellas grandes, cuatro asentaderas de botellas chicas, una huevera con seis cucharitas chicas.

• 2a. — Una caja pequeña que contiene dos docenas de cucharas de plata grandes, veintitrés tenedores de plata; cuatro trichetes con cabos de plata con sus correspondientes cuchillos, también con cabos de plata; veintidós cucharas de plata para postres, diez y nueve cucharitas de plata para el café, dos docenas de tenedores de ídem para postres, dos docenas de cuchillos para ídem. con cabos de plata, de comer; un cucharón soperó de plata, dos cucharas de plata para servir la salsa, cuatro cucharoncitos de plata para ídem. una cuchara de plata para servir pescado, cuatro salseros de plata dorados con sus correspondientes cucharitas de plata, una tena-

cita de plata para servir el azúcar del café y un brasero de plata.

3a. — Cuatro baúles que contienen ropa de uso, la cual, por disposición verbal de S. E. se ha entregado a sus asistentes.

4a. — Una silla de montar vieja, que se le ha dado al asistente José Antonio Mesa, también por disposición verbal de S. E.

5a. — Un par de pistolas desiguales, que se entregaron a su asistente Valentín Villar, también por disposición verbal de S. E.

6a. — Un documento entregado por el señor Fernando Bolívar, sobrino de S. E. firmado por el señor Juan de Dios Amador, vecino de Cartagena, fechado a veintisiete de septiembre último, en que declara haber recibido en calidad de depósito y a disposición de S. E. el Libertador, cuatrocientas quince onzas de oro del cuño colombiano, el retrato de Washington con su pelo, la caja de oro del rey de Inglaterra, la medalla de oro de Washington, una caja de oro y dentro de ella un relicario regalado por el cabildo de Charcas, con un busto y llaves con brillantes; la estrella de Venezuela y las medallas de Boyacá y el Sur; el sol del Perú de brillantes en caja de oro; la gran medalla de Bolivia de brillantes, el relicario de Charcas y la estrella de la ciudad de Sucre.

7a. — Otro documento entregado por el mismo señor Fernando Bolívar, firmado por los señores Bunch y Compañía, del comercio de Cartagena, fechado el veintisiete de septiembre último, en que consta que dichos señores han recibido en depósito a disposición de S. E. el Libertador la cantidad de doscientas onzas de oro.

8a. — Otro documento entregado por dicho señor Fernando Bolívar, firmado por el señor J. Pavajeau en la ciudad de Cartagena a veintiocho de septiembre último, en que consta que ha recibido

de S. E. el Libertador diez baúles que contienen papeles privados de su pertenencia para ser depositados en París en manos seguras, según las instrucciones de S. E.

9a. — Otro documento entregado por el mismo señor Fernando Bolívar, firmado por el señor Juan de Francisco Martín, en Cartagena, el veintinueve de septiembre último, en que consta haber recibido de S. E. el Libertador presidente, en calidad de depósito y a su disposición lo siguiente :

Un baúl con treinta y cinco medallas de oro, doscientas noventa y cuatro de plata grandes, sesenta y siete medallas pequeñas de plata, noventa y seis medallas de plata medianas, cuarenta medallas antiguas de cobre, ocho medallas de plata y una de oro con el busto del Libertador, dos medallas de cobre y seis de plata del Congreso de Colombia, ocho medallas de plata y una de oro con el busto del Libertador, veintitrés tenedores de oro, veinticuatro cucharas de oro, veintitrés cucharitas de oro, una tenacita de coger azúcar, de oro, dos anteojos, dos colchas, unos pantalones de paño, diez manteles en un baúl, dos baúles de libros, un colchón suelto, una maleta con una escopeta, una espada con brillantes y sus tiros en una cajita.

10. — Sesenta y dos onzas de oro del cuño colombiano, entregadas por el referido mayordomo José Palacios.

11. Diez manteles para el servicio de mesa usados, grandes y chicos, de dril, de algodón e hilo.

12. — Dos legajos de papeles entregados por el señor Fernando Bolívar, que nada interesan a los herederos, por ser cartas de la secretaría particular de S. E. que deben correr la misma suerte que los demás papeles.

13. — Una cajita de afeitar con sus correspondientes piezas doradas. Con lo cual y por no haberse presentado otra cosa que inventariar, dispuso el

señor auditor dar por concluída esta diligencia que firmaron después de su señoría los referidos señores y testigos, que fueron presentes, don Francisco Ignacio Carreño, Coronel Belford Wilson y Capitán Andrés Ibarra, por ante mí de que certifico.

M. Pérez de Recuero, José L. Silva, F. Bolívar, José Palacios, Francisco I. Carreño, Belford Wilson, A. Ibarra.

José Catalino Noguera,
Escribano

CRONICAS DE SAN PEDRO ALEJANDRINO FUNDACION DE LA HACIENDA

El teniente, Gobernador de la provincia de Riohacha, señor Fernández de Quero, cuyo nombre no trae la historia, hizo la fundación de la hacienda, a mediados del siglo XVIII, y le dio el nombre de San Pedro Alejandrino. Esta fundación se verificó, probablemente, un 26 de noviembre, día que la Iglesia tiene dedicado a este Santo.

Pertenecía el señor Fernández de Quero a la distinguida familia de los Castellanos Gómez, que tenían el título de señores del Castillo de San Juan Dios, de Santa Marta, el mismo que, andando el tiempo, ha quedado convertido en hospital. El fuerte de San Juan de Dios, y el de San Vicente, llamado después de Santa Bárbara, defendían la Catedral, el río Manzanares, y, en general, toda la ciudad de Bastidas.

Del señor Fernández de Quero descenden las familias samarias de apellidos Fernández y Díaz

PROPIETARIO DE SAN PEDRO ALEJANDRINO

De su fundador pasó la hacienda, al través del tiempo, a don Ramón de Zúñiga. Era este señor tío de don Miguel Díaz Granados, el prócer y mártir